

CONSECUENCIAS ECLESIOLÓGICAS DE UNA TEOLOGÍA DE LA EUCARISTÍA

La Cena del Señor es uno de los acontecimientos mejor atestiguados en las fuentes neotestamentarias y lo praxis eucarística la experiencia central de la vida de la primitiva Iglesia. Los teólogos han subrayado la estrecha y profunda conexión entre Iglesia y Eucaristía. Bastantes de ellos han mirado a la Iglesia para comprender lo que significa la Eucaristía. Pero apenas si hay alguno que haya mirado la Eucaristía para comprender lo que ha de ser la Iglesia. De ahí la originalidad y el interés del presente artículo. Su autor no pretende levantar un edificio de nueva planta -empresa desmesurada para el espacio de que dispone-, sino únicamente mostrar cómo, partiendo de la teología de la Eucaristía, es posible esbozar una eclesiología eucarística que, al proporcionarle criterios para resolver los problemas que hoy se le plantean dentro y fuera de los muros tutelares, devuelva a la Iglesia su capacidad de difundir el mensaje evangélico en el mundo de hoy y de crear comunidad. El autor publicó un primer artículo sobre el tema, del que en la primera parte ofrecemos un breve extracto.

Eucharistie wirkt Kirche - Kirche wirkt Eucharistie, Stimmen der Zeit 215 (1977) 677; Ekklesiologische Konsequenzen einer Theologie der Eucharistie, Stimmen der Zeit 215 (1997) 736-746.

I. Eucaristía e iglesia

Lo que, teológicamente, podemos deducir de la relación entre Eucaristía e Iglesia lo podemos expresar en la frase: *La Eucaristía genera Iglesia y la Iglesia genera Eucaristía*. Esto significa que no puede darse una sin la otra. Pero también que existe una interacción, una especie de vasos comunicantes, entre ambas.

Esta fórmula debería repercutir en la práctica, en especial en el diálogo ecuménico. ¿Cómo podemos dialogar sobre la unidad de la Iglesia, si no podemos participar de una Eucaristía común? Dicha fórmula tampoco deja de tener su aplicación en la concepción del ministerio dentro de la Iglesia. ¿Cómo puede la Iglesia crecer o simplemente mantenerse mientras disminuya de forma alarmante el número de sacerdotes?

Bajando, pues, al nivel de lo concreto, aparece en seguida la eficacia de nuestra doble fórmula, aunque las cristianas y cristianos no se aperciban de ello. ¿Por qué ocurre esto? Por dos razones: una se refiere más bien a la teología sacramental y otra es más bien de naturaleza eclesiológica.

1. Aunque antes no fuera así, a partir de siglo IX el interés de los teólogos respecto a la Eucaristía se centró en la cuestión de la presencia real y en la explicación del hecho de la consagración en la Misa. Esta tendencia se acentuó como reacción a la Reforma del siglo XVI. De hecho, el Concilio de Trento concentró sus afirmaciones sobre la Eucaristía en la presencia real y en su carácter sacrificial. Y así siguieron las cosas hasta el Vaticano II.

No hay que olvidar, de todos modos que, antes del Vaticano II H. de Lubac tenía preparado el libro *Corpus Mysticum* que, por dificultades con la censura, no llegó a publicarse sino después del mismo. En él, el famoso teólogo había reunido cantidad de textos antiguos y medievales, en los que se ponía de manifiesto la Tradición respecto a la relación Iglesia-Eucaristía. Pero -así se lo reprocharon- la obra descuidaba tanto la transubstanciación y la presencia real como la doctrina tomista y tridentina sobre el sacramento.

2. La segunda razón radica en la eclesiología predominantemente jurídica que se había desarrollado a partir del siglo XIII. Como consecuencia de ello, la problemática eclesiológica no se resolvía a nivel teológico, sino meramente jurídico, referido a la Iglesia como institución. Ciertamente que su hilo conductor era la idea del Cuerpo de Cristo. Pero éste no se concibe desde la perspectiva paulina y, por consiguiente, eucarística, sino a la manera de una sociedad con una estructura jerárquica. Todo se reduce a una cuestión meramente práctica: ¿quién tiene la palabra en la Iglesia? ¿cómo puede mantenerse en ella la estructura unitaria tanto en la potestad jurisdiccional como en la doctrinal de épocas pretéritas?

Y de nuevo fue la Reforma la que condujo a una interpretación más estrecha. Sus esfuerzos por reavivar también aquí la Tradición integral de la Iglesia tropezaron con la teología de la Contrarreforma. Sirva de ejemplo la definición que da de la Iglesia Roberto Belarmino. Para él, la comunidad de fe es tan visible como el Reino de Francia o la República de Venecia. Prácticamente, el único punto de comparación entre cuerpo e Iglesia responde a la antigua fisiología, según la cual era de la cabeza de donde procedían todas las corrientes vitales. O sea, que todo va de arriba a abajo. Lo cual se traduce en una concepción jerárquica de la Iglesia. La cabeza -Cristo- vive en el cielo. Y tiene en la tierra a su Vicario, el Papa. Este se convierte así, de hecho, en el único principio de unidad de la Iglesia, la cual aparece inevitablemente como una institución.

Un ejemplo. En 1877 el famoso profesor de la Universidad Gregoriana de Roma D. Palmieri publicó su eclesiología con el significativo título de *Tractatus de Romano Pontifice cum Prolegomeno de Ecclesia* (Tratado sobre el Romano Pontífice con un prolegómeno sobre la Iglesia). En él se dedican 60 páginas a la dimensión espiritual de la Iglesia, 230 al aspecto institucional y las restantes 500 al Papa. Para el autor, una vez demostrado el Primado, queda resuelta la cuestión sobre cuál es la verdadera Iglesia. Con este trasfondo, no es de maravillar que, tanto la dimensión mística como la eucarística, estén ausentes.

Consiguientemente, la piedad eucarística se dirigía con mayor o menor exclusividad a la adoración del Santísimo Sacramento. En cambio, la mística eclesiológica, tan presente, por Ej., en la catequesis patrística, brilla por su ausencia.

Podríamos ahora recoger los datos neotestamentarios sobre la relación Iglesia-Eucaristía. Podríamos examinar los testimonios patrísticos aducidos por de Lubac y reproducir sus propios comentarios a propósito de los mismos, para empalmar con la doctrina sobre el tema en el Vaticano II. Llegaríamos a la conclusión de que, tanto en el NT como en toda la línea de la Tradición señalada por de Lubac, Eucaristía e Iglesia mantienen una mutua relación causal. Lo que es la Iglesia se manifiesta en la Eucaristía que la constituye. Y lo que la Iglesia ha de hacer se deduce de lo que la Eucaristía le

exige. De ahí la pregunta a la que hemos de responder en la segunda parte: *¿cuáles son las consecuencias concretas para la Iglesia de esta teología eucarística?*

II. Consecuencias eclesiológicas

La relación entre Iglesia y Eucaristía puede sintetizarse en la fórmula "la Eucaristía genera Iglesia y la Iglesia genera Eucaristía". Desde el punto de vista tanto teológico como pastoral, esta relación resulta constitutiva de ambas realidades.

Esto vale en primer lugar de la Iglesia. La Eucaristía introduce de tal forma a la comunidad eclesial en la vida trinitaria de comunión-comunicación que así se posibilita y se constituye no sólo la unidad de la comunidad, sino también su catolicidad: su orientación a toda la humanidad.

Para que la celebración de la Eucaristía se realice correctamente en el contexto del mensaje evangélico se requiere que la comunidad sea presidida por quien representa a Cristo, o sea, por el sacerdote que, habiendo recibido una misión que, fundamentalmente, remonta a los apóstoles, actúa *in persona Christi* (en nombre de Cristo). De ahí procede la apostolicidad como un constitutivo fundamental de la Iglesia.

Finalmente, al participar la comunidad en los dones de la Eucaristía, la Iglesia se convierte en "santa" y los fieles en "santos" en el sentido originario del término (destinados a recibir los dones de Dios).

Las notas distintivas de la Iglesia -unidad, santidad, catolicidad y apostolicidad- son, pues, el resultado del origen eucarístico de la Iglesia. Esos rasgos esenciales se manifiestan en todas las actividades eclesiales. Esas actividades, tanto en la pluralidad de formas como en sus límites, se muestran también como prolongación de la celebración eucarística. Esta concluye con un "podéis ir en paz". No se trata de una mera despedida, sino de la reiteración del deseo de paz y de reconciliación propio de la Cena del Señor, esa paz que ha de redundar en la vida de cada día de los que se han reunido y ahora se separan. La paz ha de ser su principio de acción, ha de repercutir en los otros seres humanos y ha de convertirse en la estructura fundamental de la historia.

La catolicidad se ha de medir por el carácter de comunión-comunicación propio de la celebración eucarística. Se configura como un auténtico intercambio universal de todos los dones divinos procedentes del acontecimiento salvífico con los dones del orden de la creación.

Y lo mismo sucede con la unidad de la Iglesia: no puede calcarse de un modelo secular cualquiera y sólo puede ratificarse si se cumplen las condiciones antedichas. Por consiguiente, no se puede concebir a la Iglesia ni de una forma centralista feudal ni de una forma básicamente democrática. Lo cual no excluye el que se adapten eclesialmente algunos elementos históricos de las formas de organizarse las comunidades humanas. La unión intereclesial sólo puede apelar a los criterios que derivan de la Eucaristía como piedra de toque de su legitimidad y de su posibilidad de aplicación.

El que conoce los problemas teológicos y pastorales de las Iglesias sabe que, detrás de fórmulas aparentemente abstractas se esconden dificultades concretas y graves que en

tiempos recientes han hecho vacilar a los cristianos de una forma más persistente que en tiempos pasados. No las aducimos aquí ciertamente para intentar zanjarlas con audaz temeridad.

Pero el hecho de señalar el problema podría despertar la conciencia o aguzar el sentido para comprender que los problemas de la Iglesia actual no se pueden resolver simplemente con intentos de terapia tópica, sino que deben ser considerados como síntomas de un estado al que hay que poner remedio de raíz. Las manifestaciones de la vida y del ser de la Iglesia son la consecuencia interna de su origen eucarístico.

Es postulado fundamental para cualquier renovación de la vida eclesial la exigencia de dar a la Eucaristía toda su importancia. Esto equivale a reconocer que, en última instancia, los capítulos dogmáticos, éticos y de praxis pastoral de la eclesiología hay que interpretarlos desde la perspectiva eucarística. La Eucaristía es norma suprema y punto de referencia obligado para todas las decisiones importantes respecto a la comunidad eclesial.

Nuestra idea sería presentar ahora una eclesiología eucarística. Huelga decir que semejante empresa supera ampliamente el marco de estas reflexiones. Pero, para ilustrar nuestra tesis, sí deseamos ahora esbozar, al menos, tres capítulos de esa eclesiología eucarística. Se trata de las cuestiones referentes al carácter dialogal de la Iglesia, a la problemática de los ministerios y a la celebración de la Eucaristía.

Carácter dialogal de la Iglesia

Tanto en filosofía como en teología, la categoría "diálogo" es considerada una de las más importantes de nuestro siglo. En general, se entiende por diálogo "una conversación que, mediante la participación mutua de todo tipo, conduce a un interpersonal "entre", o sea, a un estado de ánimo común de los participantes". Con él está siempre relacionado el respeto a la verdad y a los que la buscan, tal como queda reflejado en los "Diálogos" de Platón. El pensamiento dialógico contemporáneo y el personalismo cristiano brotan de una raíz común.

En realidad, si las relaciones intratrinitarias, que quedan, de algún modo, reflejadas en las extratrinitarias, se entienden como intercambio de amor y diálogo personal, también la salvación del mundo, que es obra del Dios trinitario ha de concebirse dialógicamente. Y, dado que la salvación se realiza en la historia humana y a la manera humana, el carácter dialogal debe experimentarse como comunión y comunicación que da sentido. Esto la tradición bíblica lo ha sabido siempre.

Así, por respeto a la verdad de Dios, la tradición rabínica expone la Thora en forma de diálogo. Uno no puede comprenderla nunca del todo. Sólo puede aproximársele, juntamente con otros, buscando y dialogando con ellos.

En la tradición neotestamentaria nos encontramos, ante todo, con la Eucaristía, que acontece durante una comida. Desde muy antiguo la comida es el lugar típico del diálogo. Baste recordar el "Simposio" de Platón. También el discurso de despedida de Jesús según S. Juan tiene una estructura dialógica y se realiza durante una cena, aun cuando dicha cena no adopte la forma de Eucaristía (Jn 13, 1-17,26). "Comida" en

sentido pleno no es, pues, sólo una forma de renovar la materia tomando alimento, sino un intercambio de dones. Uno lleva a la comida algo (hoy todavía, al menos, en forma de regalo) y recibe los dones de la comida. Y todo ello es aliñado con un diálogo lleno de sentido.

Este carácter dialógico lo ha conservado la liturgia eucarística actual. ¿Qué significan, si no, la ofrenda de los dones en el ofertorio y su distribución en la comunión? También el saludo del comienzo y la paz inmediatamente antes de la comunión. Y los diálogos que se entablan entre celebrante y fieles especialmente antes del prefacio. Todos son hechos dialógicos. Y, si la Eucaristía es constitutiva de la Iglesia, esto significa que el momento dialógico es constitutivo de la Iglesia. Una Iglesia a-dialógica sería una contradicción. Resultaría tan imposible como una Iglesia sin Eucaristía.

Hoy se advierten en la Iglesia tendencias cada vez más autoritarias y centralistas. Y hoy cada vez son más las cristianas y cristianos que protestan contra esto. No se trata simplemente de un espectáculo poco edificante, sino de una discusión sobre la manera de entender el mensaje central del cristianismo, el cual, en última instancia, ha de decidirse a partir de los datos fundamentales del Evangelio.

No es ciertamente casual que nos enzarcemos en esta discusión justamente en nuestros días. Las formas de dominación del pasado, de las que, quieras no quieras, tampoco la Iglesia estuvo exenta, fueron todo menos dialógicas. Sólo la concepción democrática, que cunde hoy por doquier, aunque no siempre se realice en todas partes, ha dado paso a otras perspectivas.

A esto se añade una concepción teórica de la verdad que ha encontrado su espacio en la Iglesia gracias, sobre todo, a la neoescolástica. Según dicha concepción, la verdad se entiende como una suma de proposiciones formuladas con precisión, que uno puede manejar como una cosa, pero no como el nombre de Dios, participando de su grandeza e incomprensibilidad. Está claro que, con una concepción así, el carácter dialógico está de más.

La filosofía y la teología contemporáneas han llamado la atención sobre la problemática que plantea esta concepción de la verdad y sobre la insatisfacción que produce. Empalmado con este punto de vista, en la Constitución *Gaudium et Spes* del Vaticano II se señala la importancia antropológica del diálogo y se afirma que "la Iglesia se convierte en señal de fraternidad que permite y consolida el diálogo" (nº 92). Y, a renglón seguido, se añade que esto requiere ante todo "que se promueva en el seno de la Iglesia la misma estima, respeto y concordia, reconociendo todas las legítimas diversidades, para abrir, con fecundidad siempre creciente, el diálogo entre todos los que integran el único pueblo de Dios, tanto pastores como fieles" (*ibid.*).

Más allá de esta fundamentación antropológica del diálogo, ciertamente correcta, hay que llamar la atención sobre este hecho: el diálogo en sí y especialmente respecto a la comunidad de fe- *intra et extra muros* (dentro y fuera de las murallas)- hunde sus raíces en la realidad eucarístico-trinitaria y, por consiguiente, eclesiológica. El *intra* reclama aquí un cuidado especial.

¿Ministerios sin ministros?

No a todo el mundo se le ocurre el tema del diálogo a propósito de la Eucaristía. En cambio, el "ministerio" sí es el tema del día. Cuando se afirma que "la Iglesia genera Eucaristía", la mayoría de fieles piensan en el obispo y el sacerdote como los "auténticos" realizadores del sacramento. No es ciertamente falso. Pero tampoco toda la verdad. Hay que oír a S. Pedro Damiani afirmar que es toda la comunidad la que realiza la Eucaristía.

De todos modos, hemos de contar necesariamente con los cristianos que han recibido el sacramento del orden. Sin ellos, es claro que, según la antigua doctrina católica, no habría Eucaristía. De ahí que la escasez cada vez mayor de candidatos al sacerdocio tenga consecuencias nefastas para la Iglesia. ¿Cómo puede la Eucaristía producir Iglesia, si la Iglesia no produce Eucaristía todo lo que se necesita?

La Eucaristía no se puede celebrar si no es *in situ*, o sea, en el espacio concreto de una comunidad concreta. Esto es fácil de comprender. Pues aquí no se trata de un rito sacramental que puede realizarse sin la presencia de la comunidad, como es el caso del sacramento de la penitencia o de la unción de los enfermos. La comunidad concreta es la comunidad de aquí y de ahora, la comunidad del lugar.

Por esto, si es bueno que se cultiven otras formas litúrgicas y que la Eucaristía no tenga el monopolio de la liturgia, hay que tener también muy claro que estas otras formas litúrgicas pueden ser complementos o variantes de la Eucaristía, pero nunca la pueden sustituir.

Para que quede claro: la situación no se arregla con medios técnico-administrativos, por Ej., haciendo que un mismo párroco administre varias parroquias, ni con liturgias de la palabra que reemplacen la Misa, aunque sea con distribución de la comunión. Donde no haya un cristiano ordenado con plenos poderes para la Eucaristía la Iglesia no podrá ser sino sacramento deficiente de la salvación.

Y, sin embargo, éste es el caso en la mayor parte de la Iglesia católico-romana. Acaso habrá que buscar la causa en la debilitación de la fe o en la mala "imagen" de la Iglesia actual. Pero resultaría demasiado fácil lamentarse de esto y reclamar más oración. Pues no hay duda de que esta drástica disminución de candidatos al sacerdocio obedece también a otros motivos que nada tienen que ver con la Eucaristía.

El umbral que da paso al sacerdocio se ha colocado demasiado alto respecto a todo lo que tiene relación con este sacramento. Sólo el que era totalmente puro podía recibirlo y podía realizarlo. Este es el motivo para una praxis cada vez más restrictiva respecto a la recepción del sacramento del orden y también -junto con otros motivos- para el celibato que está ligado con él. Cualquier actividad sexual excluye del sacramento. Un laico podía fácilmente hacer frente a la prohibición, pero no el sacerdote que había de celebrar cada día.

La realización de la Eucaristía está ligada a la pertenencia al sexo masculino. Según la antigua argumentación, una mujer no podía representar a Cristo, porque ella, por naturaleza, es inhábil para una representación de responsabilidad. Según la actual argumentación, esto no es posible porque Jesús era varón. Por otra parte, la potestad de

jurisdicción aneja al poder de realizar la Eucaristía exigía una formación lo más amplia posible de los que aspiraban al sacerdocio. Esto cerraba las puertas a muchos.

A comienzos de siglo Pío X rebajó las condiciones para la recepción de la Eucaristía. En cambio, las condiciones para el acceso al ministerio han quedado invariables hasta el presente. ¿Qué habría que hacer para garantizar la plena capacidad de la Iglesia respecto a la Eucaristía?

No estamos en condición de responder a esta pregunta. Los dos últimos concilios nos han proporcionado abundante teología del papado y del episcopado pero no así del presbiterado. Todo hace pensar que la dirección de la Iglesia está preocupada por mantener las perspectivas actuales sobre el ministerio, aun cuando en el canon 145 1 del Derecho canónico esté subyacente un concepto más amplio, ya no dependiente de la ordenación.

En todo caso, nos encontramos cada vez con más laicos -mujeres y hombres- a los que, apelando al estado de necesidad previsto en el canon 715 2, se les ha encomendado la dirección de una comunidad, pero que, por no haber recibido la ordenación, no pueden ser párrocos o párrocos ordinarios. Nos referimos naturalmente al número siempre creciente de vocaciones, tanto femeninas como masculinas, a la pastoral.

Por razones estrictamente teológicas, cabe preguntar si el modo como se ha actuado hasta el presente es legítimo. El criterio que se ha seguido es el del poder de la ordenación para realizar la Eucaristía. En otras palabras: a la Eucaristía se la trata como si fuese un sacramento aislado. Por el contrario, si se incluyen todas las dimensiones que se manifiestan a partir de la teología integral de la Eucaristía, apenas puede eludirse la consecuencia de que la relación Iglesia-Eucaristía ha de constituir la instancia decisiva para juzgar la cuestión.

Si la Iglesia vive esencialmente de la Eucaristía y si el poder sobre la Eucaristía ha de seguir ligado al ministerio, la competencia para dirigir y el poder de consagrar han de ir juntos. Esto significa: al que está siempre en condiciones de dirigir una comunidad y, por su carisma, se le reconoce como su líder nato se le ha de otorgar el poder sobre la Eucaristía, pues sólo puede integrarse en el servicio del desarrollo de la Iglesia el que lo hace mediante la Eucaristía.

En el n° 28 de la Constitución *Lumen gentium* del Vaticano II se describen las funciones sacerdotales. En este contexto se afirma: "(Los presbíteros) ejercen su sagrado ministerio sobre todo en la celebración de la Eucaristía". Si uno sigue leyendo en qué consiste dicho ministerio -enseñanza, dirección, santificación, conducta ejemplar, cuidado de los creyentes y de los no-creyentes- se encuentra en casi todos los puntos las descripciones del servicio que, de idéntica forma, corresponde a los líderes -mujeres y hombres- no ordenados de las comunidades. Sólo que se les sigue negando lo que, con todo derecho, se considera como el centro de la actividad ministerial.

Renovación constante de la liturgia

A los 35 años de su apertura, las consecuencias del Vaticano II tienden a difuminarse. Esto no es así respecto a la reforma litúrgica, que no sólo fue, cronológicamente, la

primera iniciativa conciliar, sino también la más visible y de más fácil aplicación. Ciertamente, en la celebración de la Eucaristía se introdujeron modificaciones que, comparadas con la liturgia absolutamente rígida vigente hasta entonces y que remontaba al Concilio tridentino, debían parecer revolucionarias.

No puede, pues, sorprender que la inmensa mayoría de las reacciones respecto al Vaticano II -las de júbilo y las de sobresalto- se concentrasen en la llamada "nueva" Misa. Ella fue el detonante del único cisma del postconcilio: el del arzobispo Marcel Lefebvre. Sus consecuencias son aún hoy perceptibles en forma de denuncias contra la praxis de recibir la comunión en la mano. Se advierten también las primeras reacciones al proyecto sumamente moderado de adaptación del misal alemán al lenguaje actual.

Es posible valorar los resultados de la renovación litúrgica mostrando la coherencia entre lo que se proyectó y lo que se ha realizado. Si la Eucaristía debe ser considerada como la realización de la comunión y comunicación de la obra salvífica trinitaria, la liturgia eucarística constituye realmente "el punto culminante al que tiende la acción de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de la que brota su fuerza" (*Sacrosanctum Concilium*, n° 10).

Por consiguiente, si la Iglesia quiere y debe renovarse, no hay que eludir una reforma litúrgica por la que los fieles "participen consciente, piadosa y activamente en la acción sagrada" y así "se perfeccionen día a día, mediante Cristo mediador, en la unión con Dios y entre sí, para que, finalmente, Dios sea todo en todos" (*ibid.* n° 48). También la reforma de la Iglesia y la de la Eucaristía están mutuamente imbricadas.

Si esto es exacto, a una *Ecclesio reformando* corresponde una *Liturgia reformando*. Por esto el Concilio nos recuerda que "toda celebración litúrgica, por ser obra de Cristo sacerdote y de su Cuerpo, que es la Iglesia, es acción sagrada por excelencia, cuya eficacia, con el mismo título y en el mismo grado, no la iguala ninguna acción de la Iglesia" (S.C. n° 7).

La experiencia pastoral confirma las relaciones que hemos señalado desde una perspectiva de teología sistemática. De hecho, los responsables de las comunidades experimentan el descenso paulatino de los que frecuentan las iglesias. En el caso de la juventud, esto es todavía más significativo.

Si nos preguntamos por qué cunde el descontento respecto a los actos litúrgicos, las respuestas giran en torno de la siguiente problemática: ministerio e Iglesia (perspectivas distintas); predicación (alejada de la realidad); celebración de la Misa (aburrida). En el reverso nos encontramos con que liturgias "atractivas" (nuevos cantos y formas nuevas) y homilías interesantes (adaptadas a nuestro tiempo y que traten de la vida real) son capaces de captar a multitud de personas, incluso adolescentes y jóvenes. Y no es raro que se integren en actividades y grupos eclesiales.

Nuestras reflexiones han de converger en nuevos esfuerzos para que el misterio central de la Eucaristía ocupe el centro de la vida de la comunidad. Una simple revisión de los libros litúrgicos se queda corta. La reforma se ha de hacer más a fondo. A nadie se le puede explicar la sacramentalidad de la Eucaristía en todo su alcance, si ni siquiera llega a barruntar la profunda capacidad simbólica del mundo como un todo. Igualmente, nadie puede experimentar la estructura de comunión-comunicación propia de la Iglesia,

si no siente la comunidad eucarística como el lugar en el que él se sitúa y que le brinda posibilidades para su vida de cada día.

Tampoco cabe esperar que alguien pueda acceder a la Eucaristía, si no entiende el lenguaje y los gestos con los que se realiza. Ahí es donde una revisión a fondo de los libros litúrgicos puede prestar su contribución. A condición de que se complete con una adecuada explicación de los textos. Se puede, por ej., adaptar una plegaria solemne al lenguaje hablado, sin que por esto los contenidos resulten, sin más, accesibles para el cristiano de hoy.

Epílogo

La teología de la Eucaristía nos conduce por sí misma a la praxis, a la vida de la Iglesia actual, con todas sus aporías y con toda la cantidad de problemas que se le plantean en este final de siglo. Nos brinda asimismo directrices y criterios para prevenir las dificultades.

En la Eucaristía se concentran los momentos esenciales del acontecimiento salvífico trinitario: comunión con Dios mediante la unión con Cristo, comunicación de la vida divina a la comunidad y por ella al mundo. Mientras la Iglesia no cese de generar Eucaristía, la Eucaristía no dejará de generar Iglesia como signo de reconciliación con Dios.

Tradujo y condensó: MÀRIUS SALA